

## RECUERDOS DESDE LA DISTANCIA

Juan José Fernández Suárez

Son las 7 de la mañana de un sábado del mes de mayo –*las 14:00 hora española*-. En este instante imagino a mis amigos tomando el aperitivo de rigor previo a la comida familiar que, con toda seguridad, irá precedida de una entretenida tarde de fútbol sala.

Con la somnolencia propia del momento, ya se puede atisbar lo que será un sofocante día de calor que, aunque pueda parecer una obviedad, ya que por cuestiones laborales resido en Méjico, no lo es tanto, ya que me encuentro en una zona montañosa a más de dos mil quinientos metros de altitud sobre el nivel del mar. Aquí, el gradiente de temperatura entre estaciones es altísimo, conjugándose la nieve y el frío de los periodos invernales con el calor sofocante de las épocas estivales.

Mi residencia habitual es un campamento vallado, al estilo de los fuertes de las películas del oeste que habitualmente la televisión pública difundía los sábados por la tarde en mi infancia, y es que aquí se rodaron una parte importante de las películas del oeste producidas en Hollywood e, incluso, hace unos días, un amigo mejicano me comentaba que no muy lejos de esta zona,... ¡tenía un rancho el mismísimo John Wayne!. En fin, sean o no ciertos esos rumores que casi siempre acompañan a las zonas rurales –*ya se sabe que el ojo del amo engorda al caballo*- la verdad es que se trata de un pequeño pueblo en la sierra del Estado de Durango llamado Chavarría, de unos quinientos habitantes; es un poblado de casas bajas rodeadas en su mayoría de ranchos con abundante presencia de ganado.

Los oriundos de esta zona son gente recia –*término con el que ellos mismos se denominan*-. En Méjico el carácter norteño es ciertamente brusco; suelen ser personas muy directas, no muy dados a los titubeos o las vacilaciones -un carácter similar en algunas facetas al de la gente del norte de España, lejos de los tópicos habituales que tenemos del mejicano. Pero a su vez gente que no permite que su carácter introvertido le pueda cercenar la posibilidad de cerrar un buen negocio.

Haciendo referencia a la idiosincrasia de estas gentes, no me resisto a narrar una anécdota que me sucedió hace unos días en un pequeño pueblo de esta zona. Por entonces le comentaba a un amigo mejicano, muy conocido en el lugar, si yo no tendría problemas por conducir en Méjico con la licencia expedida en España, a lo que mi interlocutor me contesta que lo mejor es que él me “consiga” una licencia de conducir mejicana -de sobra conocida es la famosa “mordida” que hay que pagar cuando te topas con algún funcionario público no conforme con su sueldo, independientemente de la infracción cometida. Finalmente accedo con cierta desconfianza, ya que desconozco los criterios de convalidación de los permisos o los acuerdos internacionales que ambos países pueden tener en esa materia, pero accedo al fin y al cabo. Cuando ambos llegamos a la oficina y, en presencia del funcionario de turno, mi buen amigo mejicano -sin duda un avezado negociador- me pregunta acerca de la diligencia que le quiero dar al trámite, sin pensarlo dos veces le respondo que, si es posible, a la mayor brevedad. A partir de ese instante el surrealismo se apropió de la situación y fui acompañado a una cantina similar a las que se podían encontrar en España hace unas cuantas décadas, donde se me instó a comprar una botella de Torres X para agilizar el costoso trámite; obtuve así el permiso de conducir *ipso facto*, cuando anteriormente me habían comentado que la “gestión” se podía prolongar durante varios meses. Y es que no hay nada como echar... ¡buena voluntad! a las cosas.

Anécdotas aparte, la vida de sus habitantes es tranquila; podría decirse que monótona, dedicados plenamente a la agricultura y a la ganadería. Una vida que, si bien ya había sido alterada por la abundante presencia de los “españoles de la carretera” -*frase con la que se nos conoce en esta zona a los que vinimos desde España a construir la autovía que unirá esta zona interior con el océano*

*Pacífico*-, últimamente está siendo, cada vez más a menudo, agitada bruscamente por noticias derivadas de la difícil situación de violencia que está viviendo el país -ejemplos sobrados de ello están copando los medios de comunicación españoles.

Resulta por lo menos curioso que, siendo yo natural de una región escarpada, con una orografía muy dada al desarrollo de mi profesión –*construcción de túneles*-, haya ido a dar con mis huesos al otro lado del charco. Y es que, en ocasiones, las oportunidades son esquivas donde la lógica indica que deberían darse y surgen, por el contrario, donde uno menos se lo espera.

Desde el comienzo de mi andadura profesional no he tenido la fortuna de poder residir nunca en Asturias, a pesar de que me hubiese causado una gran satisfacción hacerlo y de que, aunque tengo la suerte de trabajar haciendo lo que me gusta, a menudo el subconsciente me lleva a añorar pequeños fragmentos de mi estancia allí (“flash-backs” de alguna de mis visitas recientes o incluso de mi infancia). Creo sinceramente que la distancia da una perspectiva diferente de lo querido –*bien sea lugares o personas*- y es la mejor maestra para apreciar lo cotidiano, cada uno de esos detalles ordinarios que no por reiterativos deberían pasar desapercibidos ni, por rutinarios, causar hastío.

Cuando coincidí con Venán en un vuelo entre Madrid y Asturias, y después de conversar durante unos minutos, me invitó a participar con un artículo en esta edición del Libro del Descenso. He de reconocer que ese pudor inherente a nuestro carácter asturiano y la escasa afición al protagonismo del que suscribe, me hicieron dudar por un instante. Pero, después de meditarlo varias veces, me pareció una buena idea escribir acerca de mis recuerdos de la infancia y adolescencia en nuestra tierra.

En los últimos tiempos, observo con admiración iniciativas personales encaminadas a preservar la memoria de la villa y de sus gentes. Me refiero a publicaciones fotográficas como “*Se perdió el encanto. Navia en fotos 1900-2005*”, editado por Jorge y Marce, y, más recientemente, “*Escapando del tiempo. Gentes de la Villa de Navia*” editado por Siñe. Por medio de este artículo aprovecho para animar y agradecer su esfuerzo a los promotores de este tipo de ideas, ya que, con una carga importante de ilusión, contribuyen a que una parte de nuestra vida y nuestros recuerdos no caiga en el olvido.

En lo que a mi respecta, recuerdo con meridiana claridad los años vividos en mi niñez y adolescencia, fue una época apacible, carente de responsabilidades -hubo un tiempo en que nuestra única preocupación era escoger si jugábamos al fútbol en la pista del Instituto Manuel Suárez o, por el contrario, en las pistas del Pardo.

El recuerdo de mis primeros años de vida está grávido de imágenes ligadas a mi núcleo familiar: las cintas de música que me ponía mi madre en un aparato de música antiguo los sábados por la mañana –creo que *alguien se lo trajo a mi padre de Portugal*-; el escoger los regalos de Reyes en Ortiguera y Ceasa; el jugar con mi padre al ping pong en el club social; los interminables viajes a Nembra –*con mareo incluido*- en nuestro Citroen 2 C.V. rojo; las cenas en el Bar Castiel o en el Puerto Rico degustando carne asada y chipirones; mi primera bicicleta de “adulto” -una CIL roja con la que iba a la playa- así como mis primeras botas de fútbol –*las cuales perdí el día mismo de estrenarlas*- son algunas de las primeras imágenes que con cariño evoco. Me gustaría, en un futuro, dar una infancia a mis hijos como la que mis padres me supieron dar a mí.

En aquel tiempo, estudiando en el Colegio Santo Domingo, recorría la villa de punta a punta en compañía de los que, a día de hoy, siguen siendo lo que entonces eran: mis amigos. Fue una época próspera en emociones y una mirada retrospectiva a esas emociones es la que alimenta mis recuerdos actuales y genera en mí un sentimiento de ilusión que está latente cada vez que se van acercando mis visitas.

Tengo infinidad de anécdotas de esa época y todas las recuerdo con cariño, aunque entre ellas hay alguna que, cada vez que me viene a la mente, es siempre acompañada de una sonrisa. Este es el caso de nuestra preparación para la Primera Comunión: en una peregrinación camino de Villaoril, Juanchi y yo, acompañados de unos cuantos piezas más, decidimos tomar una ruta “alternativa” camino al Santuario -básicamente, por donde nos pareció más conveniente a nosotros, lejos de la ruta segura y minuciosamente planificada por el párroco. Os podéis imaginar el revuelo generado en nuestros padres por la desaparición y la consiguiente persecución del bueno de Don Fermín en Vespa.

En otra ocasión, después de ir a buscar con Javi R. la leche a casa Ordenanza, pertrechado con mi hermano que contaba 3 años de edad y con la lechera de unos cuantos litros, no se nos ocurrió mejor idea que lanzarnos en carrilana por la cuesta de la estación. Al final de la bajada, Dani sonreía y solicitaba una más, pero mis rodillas y la lechera -que sufrieron las consecuencias de la osadía- no secundaron la moción; supongo que mis padres, como es de ley, me habrían puesto en el sitio que me correspondía, si bien de esta parte no me acuerdo con claridad.

Rememoro con nostalgia las mañanas de los sábados con los juegos escolares, que congregaban en torno al deporte a una multitud de niños del occidente -tuvimos una infancia muy sana; éramos unos “deportistas”, como alguien nos llamó alguna vez.



**1986 - Ofrenda del subcampeonato de Asturias de ajedrez por equipos a la Virgen de la Barca**

Surgió en nuestra época escolar una afición desmedida al ajedrez entre los que estudiamos en el Colegio Santo Domingo, hasta el punto de llegar temprano en la mañana y poder guardar tableros y piezas para pasar el recreo practicando; en estas contendas Ángel, Ina, Aníbal, Javi R., Javi G., Francis, Iván G. y yo, entre otros, nos batíamos el cobre.

No olvido el anochecer de algunos días lectivos en que a veces nos aventurábamos y cruzábamos el túnel de la sal, o cazábamos tritones en el riachuelo de la estación

*(nunca me atreví a tocarlos, al contrario que Javi R., que era un intrépido en esos menesteres),* contábamos historias de miedo en el Parque de Doña Isidora, jugábamos al cinturón -*cincho en nuestra jerga*- en el Parque de Ramón de Campoamor, o a la remonta en Las Vegas. En otras temporadas las modas nos imponían la diversión; este era el caso de las chapas, la peonza, o las canicas, o los cromos, Cuando llegaba el verano disfrutábamos en la playa y, al volver a casa, ¡una ducha rápida que hay torneo de fútbol sala o baloncesto!

En el altillo de casa de los Cancio jugábamos a las cartas, el trivial o a la ruta del tesoro. El póster de Pablo Neruda, el libro del eurocomunismo y las botellas “añejas” eran testigos silenciosos de muchas tardes grises en las que no teníamos mucho más que hacer que esperar a que escampase para poder ir a la vía del tren -sitio donde desconozco la causa, pero,... ¡no se nos ocurría una idea buena!

Un poco más crecidos, recuerdo la época en que empezábamos a ir a la sala de juegos o a Gardens. En esos días, ya en el instituto Manuel Suárez, seguíamos jugando al fútbol sala –*cuando hablo de este tema, siempre se me viene a la cabeza el recuerdo del Tapatío y sobre todo, de Moro-*; algunos aún lo seguís haciendo con éxito. Otros, con buen criterio, ya dejamos hace tiempo el equipo de “galácticos” (*Bombasi, para más señas*) que contaba con casi todos los que han sido, y son, mis amigos; ahí estaban Toni, Juanchi, Francis, Ina, Angel, Guantes, Arturo, Manu, Kike o Ventura.

Actualmente, ya pasados unos cuantos años de todo lo anterior, disfruto cada vez que voy a dar un paseo a la playa con Marta, a comer a casa de mis padres, a pescar con Dani –*de vez en cuando lo intentan Toni y Pablo también; a Henri y Abel ya casi no me acuerdo de verlos por la ría (creo que se hicieron de seco)*- o estando simplemente “de ronda” con los de siempre y unas cuantas incorporaciones al “Dream-Team” -Pablo y Lore, Almu, Paco, Loren, David, Chile o Eloy- todo ello al servicio de un leitmotiv que me sigue impulsando como antaño: que siga habiendo cosas que no cambien. A día de hoy seguimos estando casi todos –*Aníbal sigue presente en mi memoria-* y el recuerdo que en mí provocan las vivencias anteriormente citadas me conduce inexorablemente a la idea que, con todo el entusiasmo de que dispongo, pretendo expresar en este artículo.

Rememoro el pasado en mi tierra con añoranza, vivo el presente alejado físicamente y muy cercano mentalmente, desconozco el futuro (aunque espero sinceramente que me permita pasar algo más de tiempo en ella; si no me lo permiten mis obligaciones laborales antes, espero que sí lo haga el necesario descanso cuando éstas terminen).

Finalizo ya este artículo donde pretendo expresar la huella que en mí produjo esa época; llegaré, como siempre, en el mes de agosto –*no podré acompañar a Manu y Silvia por tan sólo una semana, aunque me acordaré de ellos en su día-* y espero que, como cada año, nos encontremos para disfrutar como hasta ahora sólo allí lo he conseguido hacer. Si alguien aún se pregunta dónde, con orgullo le digo, ... «*en mi casa, en Navia*».



**El equipo prácticamente al completo el día del Corpus ¿Qué estaríamos pensando? – 1983**